

Castro Gutiérrez, Felipe – Isabel M. Povea Moreno (coords.). *Los oficios en las sociedades indianas*. México: UNAM – Instituto de Investigaciones Históricas, 2020. 369 pp.

Una vez más llega a nuestras manos un magnífico libro coordinado por Felipe Castro e Isabel M. Povea y, como en sus anteriores proyectos, el resultado final es de altísima calidad. El libro está estructurado en diez capítulos más una introducción a cargo de Felipe Castro en la que además de un interesante contexto historiográfico, analiza el fondo teórico y los fundamentos metodológicos que han querido unir estos trabajos. En este volumen se ofrecen estudios sobre oficios del medio rural como los jicareros y mieleros, y del ámbito urbano donde encontramos a las comerciantes indígenas de las ciudades, o los trabajadores de “obrajuelos” también urbanos; oficios relacionados con la extracción del mineral: barreteros, por un lado, y los oficiales que trabajan en el Apartado de oro, por otro, los hombres de mar en ambos océanos, los médicos, los oficiales de pluma y los curas como punto final de este volumen.

Tanto en la introducción como algunos de los autores, se detienen a justificar su elección analizando qué se entiende por oficio, pues la mayoría no son servidores del rey, y no merecieron la redacción de ordenanzas para regir su trabajo y relaciones laborales. Víctor Gayol, que dedica su investigación a los oficiales de pluma, aclara la diferencia entre oficio en sentido estricto, aquel “en que home es puesto para servir al rey o al común de alguna cibdat ó villa...”, nombrado por autoridad pública, y el sentido “vulgar” de oficio, que es el sentido que por evolución ha adquirido esta palabra hoy en día, que no exigía ningún tipo de selección, nombramiento, etc. Dentro de oficio en sentido estricto únicamente podrían incluirse estos oficiales de pluma por el estudiados y quienes trabajaban en el Apartado del Oro que analiza Castro. Sin embargo, a lo largo del volumen se estudian oficios que podemos considerar importantes para la vida y la sociedad del momento pues muchos de ellos eran imprescindibles para el transporte, la extracción de mineral, la ropa diaria de la mayor parte de la población, etc.

En este volumen sus coordinadores pretendieron un trabajo de contraste de los oficios en todas las Indias o al menos aquellos oficios en los que pudiera haber diferencias entre virreinos y con la península. La realidad es que de los 10 capítulos, siete analizan oficios desarrollados en la Nueva España, realmente en lugares bien diversos, y sólo se encuentran tres trabajos fuera del territorio novohispano: el de Carlos Ciriza sobre los “obrajuelos” de la ciudad de Quito, el dedicado a los médicos y curanderos en Nueva Granada cuya autora es Natalia Silva y un tercero en que se realiza una interesante comparativa entre el oficio de barretero en minas peninsulares y su desarrollo en minas americanas, a cargo de Isabel M. Povea, también coordinadora de este volumen, quien lleva a cabo un interesante análisis historiográfico. Queda, por tanto, para futuras investigaciones la comparación con el continente sur de la

práctica de los oficios aquí estudiados y las variaciones o especificidades respecto a las mismas actividades al otro lado del Atlántico.

Donde sí logran una diversificación y contraste interesantes es en la elección de oficios, pues se analizan tanto oficios del ámbito urbano como del rural, en el Atlántico y en el Pacífico con diferencias notables en la navegación y tripulación; entre los barreteros al fondo de la mina y los oficiales del Apartado del Oro en superficie, y dentro de la ciudad entre quienes trabajaban en “obrajuelos” y talleres artesanales, y los oficiales de pluma.

En efecto, un ámbito interesante de diferenciación está en las tripulaciones del Atlántico, estudiada por Flor Trejo, que tenía origen en la Península, y la que se reclutaba para las travesías del Galeón de Manila por el pacífico, que analiza Guadalupe Pinzón. Ambas estudian desde un análisis de caso la tripulación de una nave, los trabajadores del mar, la jerarquía y responsabilidades a bordo y miran la nave como lugar de trabajo y de vida cotidiana de ese grupo de personas. En ambos casos se busca conocer la organización de este trabajo, características y la situación social y laboral. Llama la atención la diferencia en tiempo y peligrosidad de la travesía por el Pacífico, así como la presencia de tripulación filipina, que obligó a generar características propias.

Se aprecia a lo largo de los capítulos la reflexión sobre las fuentes utilizadas o el método y cómo se ha buscado que método, conceptos y perspectiva fueran similares. Carlos Ciriza, por ejemplo, no solo presenta un interesante estado de la cuestión sobre obrajes sino también el análisis de los problemas que han conllevado algunos métodos de investigación utilizados y su propia propuesta. Sin desechar el método cuantitativo ha primado el analítico, más propio del oficio del historiador, pues a veces la cuantificación no acaba de mostrar la individualidad, la humanidad de lo que se estudia. Como señala Castro la historia del trabajo requiere “una fluida comunicación con la historia cultural y de la vida cotidiana”. Así, en estos estudios encontramos algunos análisis cuantitativos y analíticos, estudios de caso al estilo de la vida cotidiana sin caer en el anecdotismo. Es el método de trabajo que sigue, por ejemplo, Margarita Vargas que profundiza en el caso de dos pochtecas pleiteadoras. Algo parecido hacen Trejo y Pinzón, que dedican sus capítulos a la vida en alta mar. Ambas autoras llevan a cabo su análisis partiendo de un acontecimiento singular, un naufragio en el caso del Atlántico y el descubrimiento de la irregularidad de duplicidad de plazas en un Galeón procedente de Manila para el Pacífico. Estos dos hechos puntuales son el punto de partida para estudiar la composición y características de la tripulación, así como conocer la vida en el barco y las diferencias entre ambos océanos. Todos los capítulos muestran un sólido conocimiento de las fuentes. Estos autores son buenos conocedores del contexto de los oficios que estudian por lo que conocían bien la documentación y qué fuentes podrían dar razón del comportamiento y las condiciones de tareas tan poco llamativas y de las que en principio podría pensarse que no habría fuentes suficientes.

Los autores han buscado ofrecer una nueva perspectiva a las investigaciones sobre el trabajo en la Edad Moderna en Indias. Por una parte, como se ha comentado se han dedicado en su mayoría a oficios poco relevantes económica y socialmente, a los que pocas veces han prestado atención los historiadores. Han pretendido además hacerlo desde una perspectiva nueva: intentar analizar estas actividades laborales desde abajo, con la óptica de quienes ejercían estos trabajos y llegar a su modo de vida, al nivel de lo cotidiano, hasta conocer detalles como los niveles de formación

exigidos para el ejercicio pleno de estas actividades, el prestigio social de que gozaban, su remuneración, posibilidades de ascenso, etc. Es otra manera de acceder a la sociedad del momento. Así, estudiando a oficiales del rey de nivel intermedio Gayol lo utiliza para profundizar en las capas medias de las ciudades, pues estos oficios permitían que los propietarios se colocaran en “un estrato de mediana importancia en la sociedad local”. También conocer el sentir de la población ante las medidas tomadas por el protomedicato o las autoridades reales sobre la actividad de médicos, curanderos o Parteras. Natalia Silva nos da noticia de que en varias ocasiones los vecinos de Bogotá elevaron al rey peticiones “a favor de los médicos sin título pero con mucha experiencia” y buen trato.

En la línea del conocimiento de la sociedad, tras el análisis de los oficios presentes entre los trabajadores del Apartado del oro, sus condiciones de trabajo, salarios, méritos y escala, Castro concluye que “Son cuestiones todas que nos remiten a la idea de la dignidad del oficio, la negociación de las relaciones de autoridad, y las recíprocas manipulaciones discursivas que mediaban entre las normas y su aplicación cotidiana”. Ciriza demuestra que estos vínculos sociales generados en el ámbito laboral también se producen entre los indios y mestizos que trabajaban en los obrajes o talleres de la ciudad, que tenían sus propios escalafones, y donde encuentra una “producción textil urbana flexible, doméstica y, sobre todo, multiétnica tanto en sus espacios como en sus herramientas y su mano de obra”.

Por otra parte, se aportan visiones nuevas en las que se incluye, junto a la actividad laboral la tradición cultural y las formas de vida. Es el caso de Brígida von Mentz en su análisis de trabajos en el medio rural novohispano. Algo muy adecuado para las actividades del mundo rural y también en aquellos trabajos que provienen del pasado prehispánico, como se comprueba en el interesante trabajo de Margarita Vargas sobre las pochtecas en el México del XVI. Vargas muestra, a través de algunos análisis de caso, el fuerte y rápido mestizaje cultural en el ámbito laboral de estas mujeres que defendieron su presencia en el mercado de la ciudad con armas judiciales, frente a las pretensiones de exclusión de comerciantes europeos.

Desde mi punto de vista uno de los capítulos más novedosos en cuanto perspectiva fue el último, de Álvarez Icaza, dedicado a los curas. Nunca hubiera pensado en el clero secular como un oficio, pero reconozco que esta perspectiva ofrece datos muy interesantes. Desde las exigencias de formación, las garantías de sostenimiento o el planteamiento de las líneas “profesionales” que podía seguir un clérigo para prosperar, hasta los problemas laborales y los controles que sufrían a través de las visitas episcopales. Esto analizado a través de algunos casos concretos y de abundantes fuentes del gobierno del arzobispo Rubio y Salinas, ofrece un panorama de cómo era la vida de un clérigo secular en la décimo séptima centuria.

Entre los datos que nos ofrece el análisis detallado de estos oficios se sigue reforzando la inexistencia, en la práctica, de la separación de repúblicas pues encontramos que indios y españoles, como mulatos y otras calidades, comparten muchos de estos oficios. Así, los comerciantes de la ciudad de México o Tlaxteolco, los que dirigían los pequeños obrajes o talleres de textil, que no eran solo españoles, sino también indígenas, quienes compartían cubierta en las travesías del pacífico o en algunos oficios relacionados con la curación del cuerpo. Evidentemente hablamos, la mayor parte de las veces, de oficios de un nivel sencillo, básico.

Podemos concluir que este libro tiene una perspectiva y metodología enriquecedora que puede ayudar a profundizar en otros “oficios” en Indias avanzando hacia la comparativa entre los distintos virreinos y los territorios europeos.

Ana de Zaballa Beascoechea  
Universidad del País Vasco UPV/EHU (España)  
[ana.dezaballa@ehu.eus](mailto:ana.dezaballa@ehu.eus)